

CAPITULO XXXIX.

Lo que aconteció entre Eugenia y su hija, y terrible sorpresa que sufrieron ambas.

Las lágrimas de Eugenia habian hecho brotar las de su tierna hija.

Nada es tan simpático para las almas buenas, como el llanto que vierten aun los enemigos más encarnizados.

Pero las lágrimas de Eugenia, preciso es decirlo de una vez, causaron algo más que simpatía en el corazón de la jóven.

Para ello concurrían varias circunstancias muy poderosas.

En primer lugar, su fondo bondadoso y tierno, su propension decidida é invariable á querer, á sentir afecto y á perdonar.

Después de todo, la que ante ella tenia en tal actitud era al fin su madre, y desde que esta madre aparecia como arrepentida de sus extravíos, por grandes que estos fuesen, se hacia acreedora al interés filial.

Por otra parte, habia tal espíritu de sinceridad en la actitud y en las lágrimas de Eugenia, que seria preciso abrigar gran dosis de rencor y de desconfianza, para no convencerse de que cuando menos, el arrepentimiento habia brotado al fin en la conciencia de aquella mujer.

Y para que todo contribuyese á estrechar un nuevo y precioso afecto en aquellos dos corazones, por tanto tiempo separados y tan diversos hasta entonces, la situacion de ansiedad en que ambas se encontraban en tan críticos momentos, las impelia dulce y rápidamente á una reconciliacion.

Las palabras de turbacion y de pesar en que se habia expresado Eugenia, conmovieron vivamente á la bondadosa María.

Esta, á pesar de sus lágrimas, distinguió el movimiento de su madre, cuando cediendo sin duda á un arranque de efusion, habia tal vez intentado abrir sus brazos á la jóven.

Un estremecimiento singular recorrió su cuerpo, y toda su sangre afluyó á su corazon.

Acaso podemos asegurar que Eugenia participó de la misma sensacion.

Pero en ambas era inefable.

María, que no participaba ciertamente de aquel terror que antes la habia inspirado su madre, creyó adivinar que algo de grande, de inesperado y consolador iba á recompensarla en parte del profundo azar que la dominaba por la ausencia de su anciano abuelo y de su amante.

Por lo que á Eugenia toca, se estremeció al considerar toda la dicha que por fin experimentarí, confundiendo en un abrazo estrecho sus lágrimas con las de su hija.

Pero por mas que las miraba correr, dudaba que las

dictase otro sentimiento que el de la compasión, y esto mortificaba su alma, ahora deseosa de los dulces afectos á que ciegamente había renunciado.

Hubo un momento de perplejidad, en que ambas permanecieron sorprendidas.

Las palabras de Eugenia, como decimos, causaron una dolorosa impresion en su hija.

Esta, cruelmente afectada, había exclamado en tono suplicante y cariñoso:

—¡Por Dios, señora, no hable Vd. de ese modo!...

—No tengo derecho á otra cosa,—respondió Eugenia con honda pesadumbre.

—¡Vd. sufre!...

—¡Oh! sí, jamás he sufrido tanto...

—¿Por qué? señora...

—Porque conozco que debí parecerle un mónstruo, que aun debo inspirarle horror...

—¿Y es por eso?

—Sí, por eso, y porque he renunciado para siempre, con mis desaciertos, á tu cariño y al de mi padre, que tanta falta me hacen...

—¡Señora!...

—¡Estoy sola! ¡Dios mío! ¡sola y aborrecida!

—¿Lo cree Vd.?—preguntó María, ya desconcertada y con un acento indefinible.

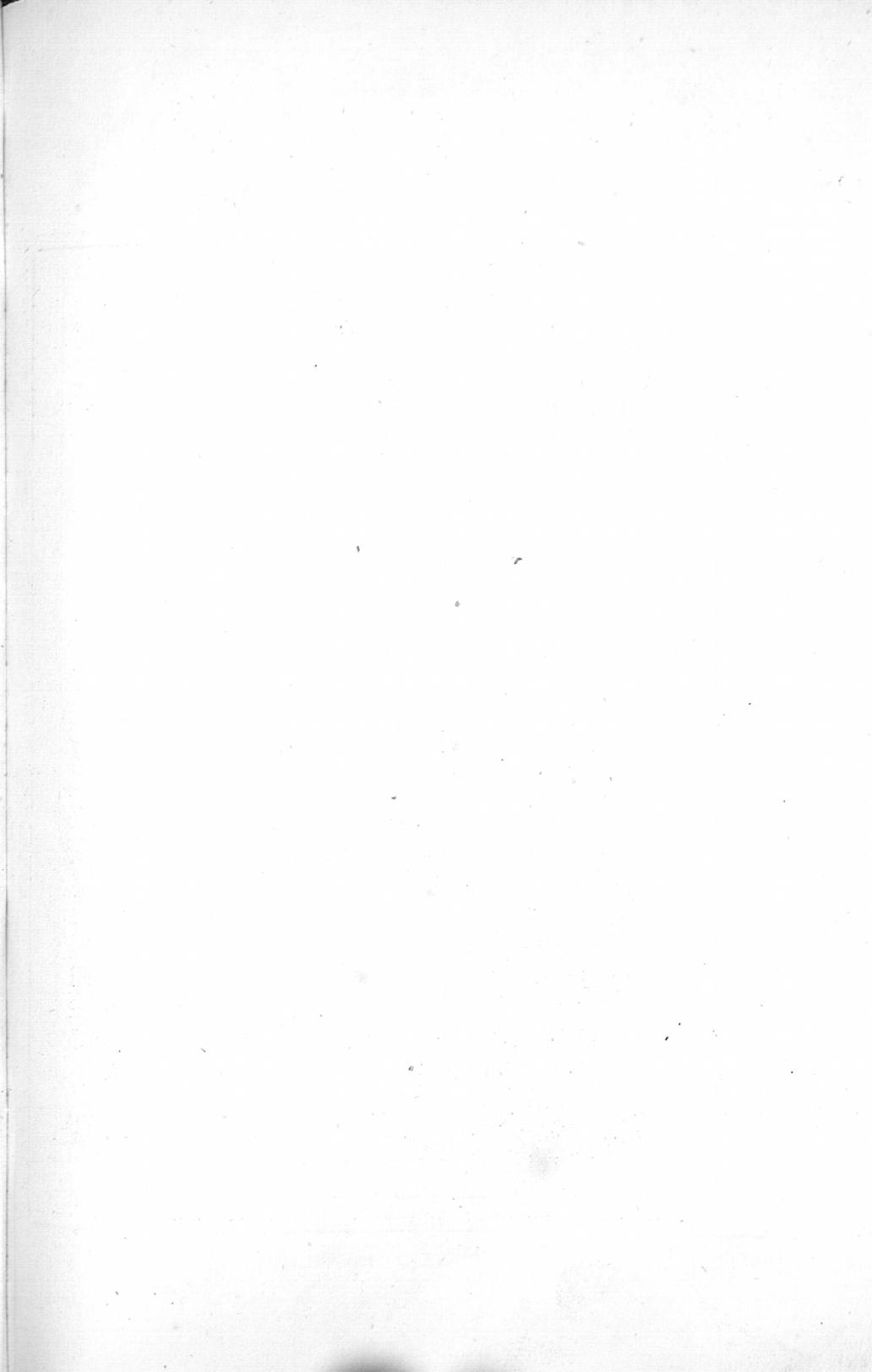
Eugenia levantó los ojos hácia la jóven.

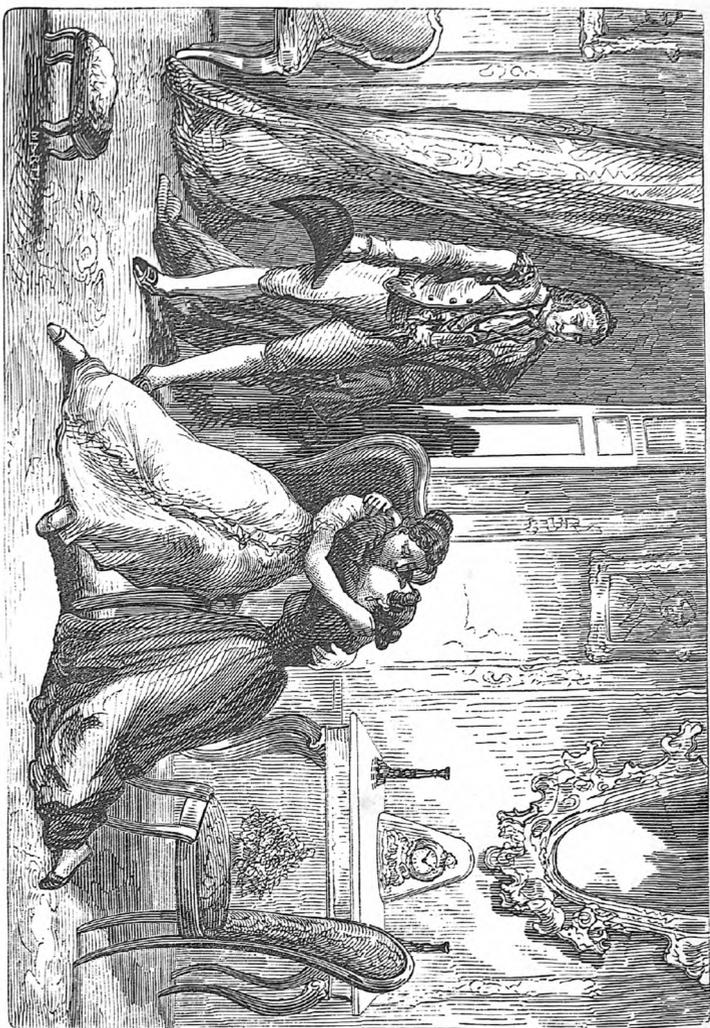
Con su instinto de madre conoció que algo extraordinario pasaba en aquella alma sencilla y candorosa.

Un brillo singular de ternura se reflejaba en los húmedos ojos de María.

Un temblor, esta vez visible, agitaba su cuerpo.

Sus brazos se abrieron.





Maria se arrojó delirante en los brazos de su madre, y la estrechó contra su corazón...

Eugenia, en vez de arrojarse en ellos, adelantó dos pasos, y cayó de rodillas.

Pero María se arrojó delirante y en la misma actitud que su madre, á la cual estrechó fuertemente contra su corazón.

Dos gritos de infinita felicidad habian sido exhalados por la madre y la hija.

Despues, los besos y las lágrimas se confundieron armoniosamente, y el más dulce lazo que puede estrechar á la naturaleza humana, las hizo permanecer así mucho tiempo.

De este modo no distinguieron que un criado y una persona que acababa de ser introducida en la habitacion, las contemplaban silenciosamente y con admiracion.

Pasados los primeros trasportes de cariño, María se levantó, atrayendo hácia sí á su madre.

Entonces fué cuando ambas repararon en la presencia del criado y del recién venido.

Este, para Eugenia, era desconocido completamente; así es que le vió con extrañeza.

En cuanto á María, le reconoció al punto.

La figura del Maestro, en un desórden que demostraba la parte que habia tomado en las escenas del alzamiento, se ofreció á los ojos de la niña, que le contempló con temor, exclamando apenas le reconoció:

—¿Vd. aquí, Maestro?

—Sí, hija mia,—respondió el valiente artesano;—aquí me tiene Vd. milagrosamente.

—¿Ha estado Vd....

—Sí, he estado en la refriega, y tambien...

María le interrumpió vivamente:

—¿Qué? ¿vá Vd. á participarnos alguna desgracia?...

¿mi abuelo?... ¿Utrera tal vez?...

—No tanto, María,—prosiguió el artesano:—en cuanto á D. Enrique, aun cuando herido, se encuentra á salvo...

—¡Ha sido herido!

—Sí, pero no es cosa de cuidado: me ha ordenado que tome informes de lo que pudiera haber ocurrido...

—¡Ah! gritó la jóven,—¿es decir que no saben Vds. nada respecto de mi pobre abuelo?

—Eso habíamos pretendido saber aquí mismo; pero es el caso que una casualidad...

—Por Dios... acabe Vd...

—Mi padre... ¿qué sabe Vd. de mi padre?... ¿vive?... gritaron á un mismo tiempo María y Eugenia, acercándose al Maestro con terrible ansiedad, y queriendo leer en el rostro del artesano, ennegrecido por la pólvora, lo que este se preparaba á decirles.

—Ante todo,—dijo el Maestro,—procuren Vds. tranquilizarse: la cosa no es tal vez tan grave... quiero decir, que aun es tiempo...

—Pero acabe Vd., buen hombre,—dijo Eugenia, cuyas piernas flaqueaban de temor.

—¡Sí, acabe Vd., amigo mio!—repitió María.

—Pues óiganme Vds. Deben saber, que habiéndome prevenido el señor de Utrera que viniese aquí á informarme del señor de Montenegro, á quien hemos perdido de vista en los primeros momentos de la refriega...

—¡Dios mio! ¡habrá perecido tal vez!

—¡El no podia hacer frente á tantos horrores! ¡Habrá sucumbido á las balas, ó habrá sido atropellado!

El Maestro dejó que pasáran estas y otras exclamaciones con que volvieron á interrumpirle Eugenia y María, cuya ansiedad crecía por instantes, y repuso por fin, procurando tranquilizarlas:

—Tengan Vds. calma, y atiéndanme, por Dios; todos hemos corrido peligros, es verdad, pero otros podrán quejarse con mayores motivos que Vds. en esta ocasion. Hace un cuarto de hora, y cuando con el alma en un hilo atravesaba la Puerta del Sol, temeroso de ver lo que afortunadamente no he visto, llamó mi atencion un grupo de soldados franceses, que en medio conducian prisioneros á varios hombres del pueblo.

—Acaso...

—Perdone Vd., María, y permítame llegue á explicarme: yo, como el señorito D. Enrique, temíamos que el señor de Montenegro hubiese sido una de tantas víctimas; pero afortunadamente no ha sido así.

—Qué, ¿le ha visto Vd.?

—Era uno de los sujetos que entre franceses he visto atravesar la Puerta del Sol.

—¡Padre mio!

—¡Virgen santa!—tornaron á exclamar con voz desoladora hija y madre.

El Maestro repuso:

—Tranquílicense Vds. y tengan más fuerza de ánimo, lo cual es más útil en estas circunstancias.

—¿Y cómo, si acaso en este momento corre peligro la vida de nuestro padre?

—Veamos,—continuó el Maestro,—tal vez no habrá motivo para tanto.

—¿Descónoce Vd. tal vez los fusilamientos que se están haciendo?—preguntó Eugenia con voz angustiada.

—Desgraciadamente lo conozco todo, señorita,—observó el artesano, lleno de amarga conviccion;—pero al aconsejar á Vds. que no desesperen, me fundo en mis razones.

—Dígalas Vd.; pero, por Dios, no nos tenga demasiado tiempo en esta cruel ansiedad.

—Pues bien, por lo que yo he podido comprender rápidamente, segun lo que por ahí se dice, los españoles detenidos en la casa de Correos, lo están á disposicion de nuestras autoridades.

—¿Y nuestro padre?...

—Ha sido conducido á aquel punto.

—¿Puede saberse el jefe que allí manda?—preguntó Eugenia con ansiedad.

—Lo ignoro, señora,—respondió el Maestro;—mas puede saberse muy pronto.

Eugenia se dirigió rápidamente á su hija, y cogiendo con ternura una de sus manos:

—¡Gracias, hija mia, gracias!—dijo bajando la voz,—acabas de regenerar mi alma, derramando en ella el bálsamo de una felicidad, que por tanto tiempo he desconocido. Gracias, gracias mil le doy á Dios y te doy á tí, por haberme permitido ver un rayo de luz en medio de las tinieblas que me rodeaban, que me tenian ciega... Te dejo, hija de mi alma; pero volveré pronto, apenas haya cumplido con un sagrado deber, y aun cuando no fuese mas que para disfrutar un solo momento de la felicidad que acabas de hacerme entrever... ¡Adios! voy á salvar á mi padre...

Y sin dejar tiempo á que María la hiciese observacion alguna, como intentaba, Eugenia se dirigió al Maestro, á quien dijo en tono suplicante:

—Quédese Vd. mientras tanto, amigo, y acompañe á mi pobre hija; voy á salvar á mi padre, si aun es tiempo.

—Pero... ¿se atreve Vd. á ir sola?...

Eugenia se sonrió de un modo particular, casi con amargura, y respondió al artesano:

—Descuide Vd., amigo mio; no tema Vd. á los peligros que puedan amenazarme, ni temas tú tampoco, hija mia; ¿de qué me serviría, si no, el haber sido durante mucho tiempo afrancesada? Esta es, pues, la ocasion de que los que han sido mis amigos me otorguen algun favor, en el caso de que yo necesite de su proteccion. ¡Adios, hija mia! ¡Adios, amigo mio!

Dijo así Eugenia, y abandonó la estancia con rapidez.

Pocos instantes despues llegaba jadeante á la casa de Correos, cuyo centinela, cumpliendo con una consigna terminante, la detuvo el paso, causándola una terrible sensacion.

—Deseado Vd. amigo mio; no tema Vd. á los peligros que pueden amenazarme, ni temas tu tiempo, hija mia; he de me servir, si no; el haber sido durante mucho tiempo afrancesado? Esta es pues, la ocasion de que los que han sido mis amigos, me den algun favor; en el caso de que yo necesite de su proteccion. ¡Adios, hija mia!

¡Adios, amigo mio!

Dijo así Eugenia, y accionó la estancia con rapidez.

Venganzas.

Pocos instantes despues llegó el representante á la casa de Cortes, cuyo caudillo, cumpliendo con una consigna terminante, le devolvió el paso, colocandola una terrible sensacion.

Ya hemos indicado que la situacion del pacífico vecindario de Madrid, cuando más descuidado podia estar en la pacificacion á que por fin se habia venido por una y otra parte, llegó á ser de tal modo tenebrosa, que era ya difícil distinguirlo que seria preferible, si la lucha que con desiguales armas acababa de sostener contra las huestes de Napoleon Bonaparte, ó aquella aparente calma, en medio de la cual se disponia el caudillo francés á cometer con la más horrenda impunidad toda suerte de perversidades.

El sanguinario, el cruel, el déspota, el pérfido, el nunca bastantes veces maldecido Joaquin Murat, habia proferido una sentencia ó amenaza, de que no existe acaso otro ejemplo en la historia de la barbárie y la deslealtad; amenaza ó sentencia que desgraciadamente cumplió al pié de la letra.

Los débiles gobernantes de la desgraciada nacion,

aterrados por los sucesos, le habian brindado con la pacificación del pueblo.

El duque de Berg, vista la matanza que en la lucha legal y generosa habian hecho los madrileños en sus soldados, temiendo acaso que en un lado ó en otro volviese á organizarse una resistencia parecida á la del Parque de Artillería, no vaciló un solo momento en aceptar las proposiciones de Ofarril y Azanza.

Unidos á los ministros y otros jefes españoles varios jefes delegados de Murat, enarbolaron la dulce enseña de paz y de perdon, que tan prontos resultados obtuvo en el corazon magnánimo de aquel pueblo valiente y generoso.

Pero entretanto que la autoridad española corria en alas de un justo y tardío remordimiento, desdeciase el antiguo vampiro de la revolucion francesa, el abastecedor de la *guillotina*, el *azote de los cosacos* que dice la historia, pródiga en execrar á este funesto personaje tantas cuantas veces se ocupa de él y de sus actos; y al desdecirse, faltando á la ley del honor, que respeta el hombre simplemente honrado, exclamaba con la saña del tigre:

—Id,—decia,—que yo os prometo fusilar diez de los vuestros, por cada uno de mis soldados muertos en el motin (1).

Y entretanto, Azanza y Ofarril corrian esperanzados, fiados en la falsa palabra del hombre que así habia jugado, que así habia burlado, que así habia menospreciado con cínica desfachatez todas las protexas de lealtad y de confianza que en él habian depositado, desde la incauta familia real hasta el mismo pueblo.

(1) Histórico.

En mal hora Napoleon envió á su cuñado á la capital de España.

Difícilmente, y pasando revista entre la numerosa cohorte de los generales del Imperio, podríamos escoger uno capaz de saberse conducir, en medio de un pueblo como el nuestro, cualesquiera que fuesen las intenciones, buenas ó malas, del extranjero; pero lo cierto, lo indudable es, que entre todos, ninguno era tan peligroso como Joaquin Murat.

Haciendo abstraccion de su alma terrible, de su malévoló carácter, de sus hábitos, escasas veces corteses, el cuñado de Napoleon obraba en España arrastrado por sus particulares miras.

La ambicion, desde que en aciaga hora puso su pié en nuestra pátria, comenzó á roer sus entrañas.

Su cabeza se abrasó con la fiebre de una soñada corona, corona que estaba bien lejos de comprender él, cuán difícil era de ceñir á sus inmundas sienes.

Napoleon mismo debió arrepentirse más de una vez de haber confiado al ambicioso duque de Berg el difícil papel, que tan mal supo desempeñar.

Aun dadas la perfidia, las ideas de usurpacion que Bonaparte abrigaba, el modo de conducirse que tenia Murat estaba muy lejos de favorecerle ni de convenirle.

Seguramente que el Emperador, en un principio al ménos, temió cualquiera excision con el ejército ó con el pueblo español.

Verdad es, que las sorpresas de varias plazas fuertes, de que hablamos en otro lugar, eran ya motivos más que suficientes para que la pretendida amistad del César francés no echase raices en el seno de nuestra pátria; pero aun así, merced á los artificiosos engaños de que se valieron,

todo hubiera podido dulcificarse con las astutas combinaciones y paliativos, de que tan cuerdamente sabia aprovecharse aquel hombre singular.

No sabremos decir si la decision con que el pueblo se opuso á la salida de los infantes el memorable dia 2, fué ó dejó de ser un mero pretexto, que su corage halló para llegar á las manos con el enemigo; pero es de presumir que aquel motivo le sirvió de bandera para su alzamiento.

En cuanto á si le inquietaba á Napoleon el temor de un rompimiento, de una guerra con España, la siguiente carta, tomada de la *Historia del Consulado y del Imperio*, obra de varios autores franceses, puede dar alguna luz, aunque poca.

El alma gigante de Napoleon I, era oscura por demás; y la innumerable série de contradicciones de que se vé plagada su historia tenebrosa, prueba, si no de veleidosidad, el poco ó ningun crédito que debia darse á sus palabras, y mucho ménos á sus promesas.

Cediendo al afan que desde un principio nos ha movido á dar á nuestros lectores cuantas nociones puedan ilustrarles acerca de los acontecimientos que venimos narrando, juzgamos oportuno reproducir aquí la susodicha carta de Bonaparte, antes de proseguir este importantísimo capítulo.

Decia así este documento, cuya fecha era la de 29 de Marzo de 1808:

«Señor gran duque de Berg: temo que me engañeis sobre la situacion de España, como os equivocais vos mismo. La ocurrencia del 19 de Marzo (1) ha complicado los acontecimientos: me encuentro en la mayor perplejidad.

(1) Alude á los sucesos de Aranjuez.

No creais que atacais á una nacion desarmada, y que no necesitais más que presentar vuestras tropas para someter la España. La revolucion del 20 de Marzo, prueba que tiene todo el poder y entusiasmo que se encuentra en hombres á quienes no han gastado las pasiones políticas.

»La aristocracia y el clero son dueños de España: si temen por sus privilegios ó existencia, provocarán contra nosotros un alzamiento en masa, que podrá eternizar la guerra. *Cuento algunos partidarios*; pero si me presento como conquistador, quedaré sin ninguno.

»El Príncipe de la Paz es aborrecido, porque se le acusa de haber entregado la España á la Francia: hé aquí el pretexto que ha servido para la *usurpacion* de Fernando: el partido popular es el más débil.

»El príncipe de Asturias no tiene ninguna de las cualidades necesarias al jefe de una nacion; esto no impedirá que para oponérnosle se le haga un héroe... No quiero usar de violencia con los individuos de esa familia; jamás es útil hacerse odioso, ni exasperar los ánimos. La España tiene más de cien mil hombres sobre las armas, y esta fuerza es más que suficiente para sostener con ventaja una guerra interior: divididos en muchos puntos, pueden servir de núcleo para el levantamiento general de la monarquía.

»Os presento todos los obstáculos que son inevitables; hay además otros que vos conoceis.

»La Inglaterra no dejará escapar esta ocasion de multiplicar nuestros obstáculos: despacha diariamente aviso á las fuerzas que tiene en las costas de Portugal y en el Mediterráneo, y recluta sicilianos y portugueses.

»No habiendo abandonado la familia real la España para ir á establecerse á las Indias, solo una revolucion pue-

de cambiar el estado de ese país, que de todos los de Europa, es el que quizá se halla ménos preparado para ella. Los que ven los monstruosos vicios del gobierno y la anarquía que ha reemplazado á la autoridad legal, son en muy corto número; los más se aprovechan de esos vicios y de esa anarquía.

«Por interés de mi imperio, puedo hacer mucho bien á la España. ¿Cuáles son los mejores medios que pueden adoptarse?

«¿Iré yo á Madrid? (1) ¿Ejerceré un acto de gran protectorado, decidiendo entre el padre y el hijo? Me parece difícil hacer reinar á Carlos IV; pues su gobierno y su favorito son tan impopulares, que no se sostendrían tres meses.

«Fernando es enemigo de la Francia, y por eso se le ha hecho rey. Colocarle en el trono, seria servir á los partidos, que hace veinticinco años procuran el aniquilamiento de la Francia. Una alianza de familia seria un vínculo muy débil: la reina Isabel y otras princesas francesas han perecido miserablemente, cuando han podido ser sacrificadas impunemente á atroces venganzas. Pienso que no debe precipitarse nada, y que conviene esperarlo todo de los acontecimientos, que no pueden ménos de seguirse... Será preciso fortalecer los cuerpos de ejército, que se estacionarán en la frontera de Portugal, y aguardar...

«No apruebo el partido que ha tomado V. A. I. de apoderarse tan precipitadamente de Madrid. El ejército debia haberse mantenido á diez leguas de la capital, porque no tenáis la seguridad de que el pueblo y las autoridades

(1) Ya saben nuestros lectores que no tuvo por conveniente venir él; pero vinieron sus botas y su sombrero. Algo era algo.

iban á reconocer á Fernando sin contradiccion. El Príncipe de la Paz debe tener muchos partidarios entre los empleados públicos, y además hay una adhesion habitual al antiguo rey, que pudiera producir muy buenos resultados. Vuestra entrada en Madrid ha alarmado á los españoles y servido maravillosamente á Fernando.

»He dado orden á Savary para que se traslade al lado del anciano monarca, y observe lo que pasa. Se pondrá de acuerdo con V. A. I. Avisaré ulteriormente el partido que haya de tomarse: entretanto, hé aquí lo que me parece conveniente preveniros: *no me comprometais á una entrevista con Fernando en España* (1), sino cuando juzgueis la situacion de tal manera, que deba reconocerle como rey. Os conducireis bien con el rey, la reina y el príncipe Godoy. Exigireis para ellos, y los hareis, los mismos honores que otras veces. Hareis de modo *que los españoles no puedan sospechar el partido que tomaré: no será difícil, porque yo mismo nada sé.*

»Hareis entender á la nobleza y al clero, que si la Francia debe intervenir en los negocios de España, serán respetados sus privilegios é inmunidades. Les direis que el Emperador desea que se perfeccionen las instituciones políticas de España, para ponerlas en armonía con el estado (2) de la civilizacion en Europa, y para sustraerla al régimen de los favoritos... Direis á las autoridades, á los habitantes de las ciudades y á los hombres ilustrados, que la España necesita volver á crear la máquina de su gobierno; que la hacen falta leyes que protejan á los ciuda-

(1) Esto explica en alguna parte las reticencias con que se anduvo respecto del llevado y traide viaje del Emperador á España.

(2) Para asimilársela al imperio.

danos contra la arbitrariedad y usurpaciones del feudalismo, é instituciones que reanimen la agricultura, la industria y las artes. Les pintareis el estado de tranquilidad y bienestar que disfruta la Francia, á pesar de las guerras en que se ha visto empeñada, y el esplendor de la religion, que debe su restablecimiento al Concordato que he celebrado con el Papa. Les demostrareis las ventajas que pueden sacar de una regeneracion politica; el orden y la paz en lo interior, y la consideracion y el poder en lo exterior. Tal debe ser el espíritu de vuestros discursos y escritos. No precipiteis ningun paso. Yo puedo esperar en Bayona, pasar los Pirineos, y fortificándome hácia Portugal, ir á dirigir la guerra por aquella parte.

»Pensaré en vuestros intereses particulares; no penseis en ellos vos mismo... *el Portugal que lará á mi disposicion...* que ningun proyecto personal os ocupe ni dirija vuestra conducta; esto me perjudicaria, y á vos más que á mí. Vais demasiado aprisa en vuestras instrucciones del 14. La marcha que prescribís al general Dupont es harto rápida: á consecuencia de los acontecimientos del 19 de Marzo, hay que hacer algunas variaciones. Adoptareis nuevas disposiciones, y recibireis instrucciones de mi ministro de Negocios extranjeros. Os mando que conserveis la más severa disciplina; no haya indulgencia ni aun para las faltas más leves. Tendreis con los habitantes los mayores miramientos, y hareis que se respeten las iglesias y conventos.

»Las tropas evitarán todo encuentro, sea con los cuerpos del ejército español, ó con sus destacamentos: no conviene que por ninguna parte se encienda una chispa.

»Dejad á Solano que pase á Badajoz, y hacedle observar: marcad vos mismo el itinerario de mi ejército, para

mantenerle siempre á algunas leguas de distancia de los cuerpos españoles. Si se encendiese la guerra, *todo se perdería* (1).

»A la política y á las negociaciones toca decidir de los destinos de España. Os recomiendo que eviteis las explicaciones con Solano y los demás generales y gobernadores españoles.

»Me enviareis dos correos diarios: en caso de acontecimientos graves, me remitireis oficiales de órdenes: volveréis á enviarme inmediatamente á Mr. de Fournon, portador de este despacho, y le entregareis una relacion circunstanciada.

»Recibid la seguridad, etc.

»Firmado, —NAPOLEON.»

Verdaderamente, aun despues de tantos años como han mediado desde la memorable guerra, no puede decirse á punto fijo lo que Bonaparte revelaba en la precedente carta, ni cuáles eran las instrucciones dadas por él á Murat, anterior ó posteriormente á la entrada de este último en la capital de España.

Tampoco nos seria fácil asegurar si el duque de Berg y Cleves habia ó nó manifestado ideas ambiciosas á su cuñado respecto de una corona, que en tal caso no podia ser otra que la de España; ó si el Emperador, leyendo las intenciones de su pariente, presumia y temia á la vez su impaciencia.

Lo que desde luego se comprende por la lectura de esta importante carta es, en primer lugar, el partido que se proponia sacar de las desavenencias en que andaba la fa-

(1) Tenia razon.

milia real de España, según en otra ocasión digimos, y manejar á sus individuos á su arbitrio y á la medida de su conveniencia; y en segundo, la parsimonia con que queria proceder respecto de la aristocracia, del clero y del ejército; elementos que al declarársele ostiles podrian presentarle cruda y formidable guerra, como no tardó mucho tiempo en ver confirmado Bonaparte despues de la memorable convulsion del dia 2 de Mayo de 1808.

Coligese tambien sin esfuerzo que Napoleon debió estar en inteligencia con las ambiciones de su cuñado, y que algo tambien debió prometerle, pues en el párrafo de la carta en que dice el duque de Berg, «no penseis vos mismo en vuestros intereses... el Portugal queda á mi disposicion,» parece decirle bien claramente que á falta de la España que ambiciona, le reserva como fineza el reino Lusitano.

Si ahora se tiene en cuenta que despues de haber pretendido Bonaparte hacer reinar á los Borbones de España en las Indias, ofreció sucesivamente la corona de Portugal á la ex-reina de Etruria y á Fernando, vendremos forzosamente á considerar los muchos engaños para los cuales le dió asunto aquella famosísima corona, tan elástica en manos del Emperador.

Mentira parece que tan ciegos hubiesen estado ciertos personajes, que no hubiesen vislumbrado la urdiembre de esta ridícula trama, de tan singular tejido de patrañas con que se burlaban su ignorancia ó su candidez.

Por lo demás, aunque de este y otros documentos, suscritos por el capitán del siglo, se desprendia el profundo temor que él abrigaba si era llegado el caso de una lucha con la Península, las tendencias de usurpacion eran tambien evidentes.

¿A qué manifestar entonces á Murat sus deseos de que se condujese del mejor modo posible y favorable á la conservacion de la paz?

Aun cuando sus ejércitos no hubiesen penetrado en Madrid, y se hubiesen entretenido vagando por nuestro territorio, haciendo danzas y contradanzas para eludir todo encuentro con nuestros soldados, ¿coincidian con estas instrucciones dadas á Murat, los raptos traidoramente cometidos por otros generales suyos contra nuestras plazas, ya á la sazón ocupadas por los franceses?

Por un lado Napoleon temia, muy acertadamente, verse lanzado á una lucha con los españoles, y por otro no perdonaba medio para provocarla.

Si tanto conocia nuestro carácter, nuestra altivez, nuestra pasion nacional, ¿á qué intervenir en los negocios interiores de la nacion, cansando y marcando al pueblo con las idas y venidas, pasos y contrapasos, del original rigodon que parecian bailar sus tropas?

¡Ah! en medio de su temor, conocia que su ruina podia venirle de España; que todo el gigantesco edificio de su fortuna podia ser derribado por el terrible huracan de nuestra indignacion pátria; y sin embargo, ¡parece fatalidad ó providencial decreto! se apresuró á buscar en nuestra formidable querrela la terrible nave que habia de conducirle algun dia, á través de la tempestad que levantó Europa en su camino, al angustioso encierro de la memorable isla!

No queremos extendernos en más consideraciones ni comentarios acerca de este particular; y ya, brevemente apuntado, le dejamos al ilustrado juicio de nuestros lectores, quienes deducirán de tan oscuros manejos si Murat obró, siguiendo sus propias inspiraciones, al precipitar los

sucesos, ó lo hizo siguiendo las instrucciones del Emperador.

Lo que sí debemos decir es, que sus crueldades, su enañamiento con el pueblo de Madrid, cerraron el camino á toda conciliacion; y que el bautismo de sangre de mártires que recibió la causa de nuestra independenciam, debia ser el principio de la horrorosa tormenta que el destino levantó sobre la altiva frente de aquel cuyas plantas sustentaron estremecidas las Pirámides.

Decíamos que cuando por distintos medios logró Murat ver pacificado el pueblo, dió rienda á su encono, y se entregó de lleno al exceso de la venganza.

Las comisiones militares fueron bien pronto constituidas entre la quietud y el silencio de la paz.

Los infelices que habian caido en manos de los soldados franceses, fueron bien pronto víctimas de la deslealtad y del rencor extranjero.

Hasta ignoramos con qué fundamento llamó el caudillo francés *comisiones militares*, á las que no eran otra cosa que escoltas encargadas únicamente de custodiar durante breves minutos á los indefensos ciudadanos destinados al sacrificio.

Y no eran ya precisamente fusilados tan solo aquellos que habian sido sorprendidos con armas en sus manos, nó.

Joaquin Murat llevó su crueldad á un grado tal de exquisito enañamiento, que nada parecia ser bastante á satisfacer su devoradora sed de matanza y de exterminio.

Pareciéndole sin duda pocos los prisioneros destinados al cruento suplicio, inventó un íntero medio de asesinar á víctimas inocentes é inofensivas.

En la calle Ancha de San Bernardo los soldados de

Murat detuvieron á una pobre y sencilla mujer del pueblo, á la cual registraron escrupulosamente.

La infeliz no llevaba otra cosa que unas tijeras pequeñas, pendientes de una cinta.

Esto fué bastante, sin embargo, para que en el acto mismo se la fusilase.

Ni sus ruegos, ni sus lamentos, ni sus lágrimas, pudieron ablandar el duro corazon de los despiadados verdugos.

Veinte balas atravesaron el cuerpo de aquella débil criatura, que espiró exhalando ayes desgarradores.

En otra calle se registró tambien á un modesto dependiente de una casa de comercio.

Su desgracia quiso que llevase en el bolsillo un pequeño cortaplumas.

Sin otra explicacion ni motivo, fué á su vez fusilado.

A un arquitecto le sorprendieron el estuche de su profesion, el cual, sin recelo ni temor de que pudiese ser su sentencia de muerte, mostró á los enemigos.

Aquel estuche le costó la vida.

Las victimas sacrificadas por motivos semejantes fueron numerosas.

A muchos habitantes de Madrid se les asesinó hasta sin el pretexto de si llevaban ó nó armas de este género.

En cuanto á las casas desde las cuales se habia hecho fuego en la hora del combate, los atropellos y los asesinatos no conocieron limite.

Ocultas y llenas de terror en el rincon de una bohardilla en la calle de la Montera, encontraron á una pobre anciana.

La soldadesca la sacó arrastrando de su escondite,

golpeándola y magullándola con los puños y con las culatas de sus fusiles.

El trasfigurado cadáver de la anciana se convirtió bien pronto en una horrible masa de carne sangrienta, macerada, indefinible.

Dícese de otra habitacion en una casa de la Puerta del Sol, donde los soldados, — ¡nos repugna darles tal nombre! — hallaron á un hombre postrado por una enfermedad en el lecho del dolor.

Despues de haber violado á su propia vista á su esposa, escena que repitieron sin compasion aquellos tígres, le arrancaron á sablazos la existencia.

Su desventurada mujer tuvo por último la misma suerte, doblemente sacrificada al rencor y á la lascivia de aquellas bestias.

Por lo demás, estos crímenes se repetian tambien en las calles.

A cada momento llegaban á los oidos del aterrado vecino los ecos de la fusilería.

Era que contra cada esquina de una calle, como hicieron contra el templo del Buen-Suceso, proseguian inmolando sin interrupcion los franceses nuevas y numerosas víctimas.

Si se añade á esto que muchas familias estaban desoladas porque tenian parientes ó deudos suyos, bien en la calle ó en los depósitos de prisioneros, cuyo destino era la muerte, júzguese hasta qué punto seria imponderable la grave situacion del pueblo madrileño.